

Llàtzer Moix

# Un elogio de los límites

Nunca pensé que Harley-Davidson me daría una alegría. La célebre marca de Milwaukee fabrica unas motos que quizás gusten a los amantes del *vintage*, la explosión ruidosa y los embellecedores niquelados. Pero no a quienes prefieren una moto ligera y manejable, y por tanto miran las Harley-Davidson –el modelo más liviano pesa 222 kilos; el más pesado, 388– con cierta aprensión. Y luego está el factor humano. Ahora pilotan estas máquinas honrados padres de familia que los domingos se visten de motero maldito y van a dar una vuelta con los amigos antes de volver a casa para el almuerzo con la esposa, los niños y la abuelita. Pero cuando Peter Fonda y Jack Nicholson protagonizaron la película *Easy rider* (1969), entre sus usuarios se contaban espíritus libres y, también, forajidos. Hunter S. Thompson compartió correrías con estos últimos y casi lo matan antes de que pudiera escribir su célebre reportaje “Hell’s Angels”. Así le agradecieron que les siguiera al volante de su ranchera convertida en una inmensa nevera de hielo para las cervezas de los *Angels*.

Digo que Harley-Davidson me dio una alegría porque, semanas atrás, plantó cara a la política arancelaria del presidente Trump y anunció que iba a instalar una planta de montaje en Tailandia, que asumiría parte de las labores que ahora realiza en Kansas. La razón estaba clara: en respuesta a la guerra comercial declarada por Trump, Europa había subido los aranceles a numerosos productos de EE.UU. –del 6% al 31%, en el caso de las motos–, lo cual podía encarecer alrededor de dos mil euros la compra de una Harley-Davidson en el Viejo Continente. Y, teniendo en cuenta que esta marca exporta una tercera parte de su producción y que el mercado europeo todavía le da algunas alegrías –mientras el norteamericano decae desde hace cuatro años–, la idea de fabricar en el exterior para poder vender motos en Europa o Asia ahorrándose esos aranceles entraba dentro de la lógica de la industria y el comercio.

La reacción de Harley-Davidson constituye un revés para el presidente Trump, que llegó a la Casa Blanca con el lema “Make America great again”. Se suponía que iba a lograr tal cosa conservando y recuperando empleos para los trabajadores de un sector industrial que había conocido tiempos mejores. Pero ahora resulta que su presunta defensa de los productos ame-

ricanos está causando, indirectamente, la destrucción de puestos de trabajo estadounidenses en dicho sector. General Motors, otra de las empresas favoritas de Trump, se expresó hace una semana en términos parecidos: “Si hay más aranceles, habrá menos inversión, menos empleo y salarios más bajos”. Y Bruselas ya ha advertido a Washington que la guerra co-

**Es reconfortante observar que los mandatarios que se comportan como déspotas chocan también con límites**



DREW ANGERER / GETTY

mercial pone en riesgo el 19% de las exportaciones estadounidenses.

Trump reaccionó a la decisión de Harley-Davidson redactando tuits furiosos, acusándola de rendirse y amenazándola con crujirla a impuestos (otro paradójico efecto de su política proteccionista según la entiende el presidente). Ya veremos si osa aplicar sanciones arbitrarias a un mercado que está acostumbrado a operar sin obedecer otras leyes que las del beneficio. Pero lo que a estas alturas ya ha quedado claro es que el poder de Trump, que él quisiera omnímodo, también tiene límites. Además de voces críticas en lo que po-

dríamos considerar sus propias filas.

Es realmente reconfortante observar cómo los mandatarios que ejercen su poder con indisimulado despotismo chocan también con límites. Y quien dice mandatarios dice celebridades varias que desde la televisión o las redes están bombardeándonos a diario con sus dictados. Es bueno saber que la fanfarronería de Trump topa con ciertos límites, en este caso puestos por una industria. Sería bueno también saber que la egolatría y el infantilismo de Cristiano Ronaldo tienen un límite. Sería bueno saber que el victimismo de Puigdemont y la inanidad de Torra tienen un límite. Sería bueno que tantos figuras que están todo el día pontificando, que utilizan su enorme cuota de poder mediá-

Lucia Ramis



## La ansiedad por agotamiento

Ha sido un curso agotador. Desde los atentados del 17 de agosto, las emociones no han dado tregua. Cada jueves ocurría algo relevante que se prolongaba hasta el fin de semana, lo que suponía trabajo extra para los periodistas y desconcierto para los demás. Todo ha ido muy rápido. Y la necesidad de obtener información a la vez que sucedía –o de adelantarla cuando nadie sabía lo que iba a ocurrir– ha generado un estado de alerta permanente. De incertidumbre insostenible.

La ansiedad es una respuesta de anticipación involuntaria del organismo. Causa inquietud y mucha inseguridad. En un ataque de pánico, el cuerpo reacciona ante una amenaza quizá ficticia que parece inminente. Se te aceleran el corazón y la respiración, tus músculos se tensan, preparados para salir corriendo. Si no te ha pasado antes, puedes confundirlo con un infarto. El vértigo te hace perder el equilibrio. Quieres llorar y vomitar y desaparecer. Cuantas más responsabilidades tengas y mayor sea tu exposición, más te costará controlar la situación. Intentar controlarla, de hecho, la empeora. Actuarás como ese malabarista al que se le cae una pelota. Pierde el ritmo. Y adiós.

**En un ataque de pánico, el cuerpo reacciona ante una amenaza quizá ficticia que parece inminente**

Tuve mi primer ataque en selectividad, el segundo a los veintitrés años, el tercero a los treinta y ocho. Luego aprendes que, así como unos tienden a la lumbalgia o la acidez, otros tenemos un exceso de imaginación mal gestionada y bastante ego. Creemos que podemos con todo, siempre hemos podido con todo. Cada nueva exigencia es un reto, no sabemos decir que no, queremos gustar y que nos reconozcan por hacer las cosas bien. Queremos ser los mejores. Pero es inevitable: habrá a quien le caiga mal, habrá quien te señale, cuestione, infravalore, critique, incluso insulte. De repente estarás dando explicaciones o justificándote, dudando, pensando que tú no eres así o que ya no puedes más. Pero tampoco puedes rendirte ahora, no puedes aflojar. No puedes permitirte. Y entonces te rompes.

Normalmente llegamos a julio faltos de energía, parece que agosto se burle de nosotros, tan lejos todavía. Esta vez algunas personas cercanas se han retirado antes porque, aun siendo fuertes y muy competentes, no son máquinas. Volverán, sólo necesitan un descanso, tomar aire, ver su propia vida con la perspectiva que ofrece el tiempo para uno mismo. La ansiedad convierte tus éxitos en un temor constante, te impide disfrutar de lo que haces; eso que te apasiona tanto que se lo das todo. ¿Vale la pena?, te preguntas. ¿Tiene sentido? La presión se asoma peligrosamente a la depresión.

Este curso, además de un estado mental, la ansiedad ha sido social. Aunque evitarla es difícil, hablar de ella ayuda. No es un consuelo de tontos. Es entendernos mejor. Como pasa con casi todos los tabúes. Parar no denota un fracaso, sentir tampoco. Al contrario, es humano. Y estamos olvidando que lo somos.●

Santiago Dexeus

# Medicina inesperada pero eficaz

La música que estoy escuchando en este atardecer ampurdanés no es otra que el sonido nada imperioso pero sí constante del viento que estimula a los árboles a mantener su conocida danza.

Observo embelesado la naturaleza, los pájaros se han animado y mantienen sus conversaciones monocordes, que tan sólo un inesperado ruido detiene hasta que éste desaparece y vuelve el agradable jolgorio que aquellos mantienen.

Tengo entre mis manos un libro con los poemas de Machado y mi deformación profesional me conduce a buscar siempre la etiología de cualquier actividad humana; me atrevo a conjeturar que nuestro célebre escritor probablemente se inspiró en parte en la ingenua y desinteresada belleza de la naturaleza.

Me parece increíble que pudiendo disfrutar de aquella, todo ello no sea suficiente medicina para acallar las pasiones que nacen del éxito, que a su vez provoca soberbia, y esta no es precisamente la expresión humana que nos dirija hacia la empatía, la tolerancia y tantas cosas más. Tan sólo leyendo los poemas de Machado, estos hacen revivir o incrementar virtudes tan necesarias que nos conviertan en firmes defensores de una sociedad justa, equitativa y saludable.

Hace años, cuando comencé a ejercer como ginecólogo, influido por los ejemplos de mi padre y de mi hermano, ambos ginecólogos, mi mundo, sin apercibirme de ello, se centró en la ginecología y empecé a valorar la importancia de la honestidad profesional del ejercicio médico. Tuve la enorme fortuna de que tanto mi pa-

dre como mi hermano respetaron y promulgaron las novedades que aporté al equipo y siempre que un caso se presentaba como más adecuado para mis novedosos conocimientos quirúrgicos, no dudaban en advertir a la paciente de que me ocuparía yo de su tratamiento.

En una ocasión, una enferma, valorando mi juvenil aspecto, se dirigió a mi padre y le suplicó: “Pero estará usted presente mientras opera su hijo”.

El ejercicio de la medicina es una muestra inequívoca de honestidad. Recurrir al consejo de un compañero no significa inseguridad, sino profesionalidad al servicio del paciente.

También la medicina se asemeja a lo descrito en el inicio, pues es esencial el trabajo silencioso, en equipo, armonioso y fluido en beneficio de todos.●